LA PLENITUD DEL SER Y LA ARMONIA DEL UNIVERSO EN LA POESIA DE ALEIXANDRE

La publicación de las *Poesías Completas* de Vicente Aleixandre (*) ha constituído un motivo de alborozo sin excepciones de alegría a lo largo y a lo ancho del afecto y la admiración de sus muchos amigos y lectores. Aleixandre rebasa el ámbito nacional, es una figura incorporada a la viva poesía intocable de nuestro tiempo. Esto resulta indiscutible. Por lo cual un juicio crítico de las *Poesías Completas,* a estas alturas, cae enteramente fuera de lugar. Mucho se ha escrito sobre Aleixandre; dudo que exista un poeta en toda la literatura española que haya motivado más expresos poemas, más homenajes y fraternidades. Contribuye a ello la afabilidad del poeta, que en su calle de Velintonia ejerce un reinado de simpatía, un suavísimo magisterio que se constela de labor y paciencia: harto trabajo significa acoger sin interrupción a poetas y más poetas y gastar horas en contestar epístolas de esperanzados. La publicación de estas *Poesías Completas* representa un gran suceso en la familia literaria española. Aleixandre, reuniendo sus ocho libros de poesía, ha abierto la puerta de su casa a la desperdigada y filial tropa, a la sangre desparramada por el mundo, gozándose en su descendencia como en un multiplicado espejo.

Vicente Aleixandre ha alcanzado, contemplándose, la plenitud última; la han alcanzado sus versos, su sistema. Plenitud de la esfera, plenitud del ente, para hablar al modo de Parménides. El ente—digamos también (en Parménides) el ser—es el cuerpo perfecto, cerrado en sí mismo, homogéneo, continuo, isótropo. Esfera que está en rotación, lo cual la hace coincidir consigo: identidad total. La esfera, el ente, el ser, he aquí lo sustancial, lo que no depende de lo transitorio de las cosas, sujetas a nacimiento, a deterioro y a muerte. Hay en Vicente Aleixandre un sentido parmenideo de redondez y plenitud de esfera, y no sólo de esfera, sino de apuntación, proyecto o incluso deformación de esfera. Superficie esférica, o bien línea curva en un plano, y siempre abolición de la línea recta. Aleixandre se separa aquí de los juegos cubistas a que tan aficionados fueron algunos poetas de su tiempo. En él fracasa la línea recta, que no es poéticamente la más corta y dulce entre dos puntos. Gerardo Diego —por aducir un ejemplo—es un poeta frecuentemente poligonal y de coordenadas cartesianas. Vicente Aleixandre me recuerda a un Parménides viejísimo y madrileñizado y antes andalucísimo (mediterráneo al fin), que

(*) Aguilar, Colección Literaria. Madrid, 1960.

ha dado a su concepción poética todo el sabor de la sal griega. Grecia, redondez, plenitud. Oh, la redondez de los griegos; esos brazos mórbidos de las estatuas, esos muslos, esos senos, tal veréis en los versos de Aleixandre. El poeta, en su obra, ofrece muchísimos ejemplos. Todo lo observa con esa visión griega y hermosa. Redondez nunca inmóvil; ya dijo Bécquer que "como el mundo es redondo, el mundo rueda". Lo que gira o rueda adquiere en la poesía de Aleixandre un valor máximo; para él, lo que no gira coincide con lo triste. ¡Oh, la tristeza de lo detenido, y la poesía de Aleixandre como delicia del movimiento! El poeta dirá:

> La tristeza gemebunda de ese inmóvil pez espada *cuyo ojo no gira,*
> cuya fijeza quieta lastima su pupila...
>
> (*Sin luz,* en "La Destrucción o el Amor".)

Al amor—a la muerte—lo concibe rodador:

> ¡Ven, ven, muerte, amor; ven pronto, te destruyo;
> ven, que quiero matar o amar o morir o darte todo;
> ven, *que ruedas como liviana piedra,*
> confundida como una luna que me pide mis rayos!
>
> (*Ven siempre, ven,* en "La Destrucción o el Amor".)

La idea de la redondez del amor, de su giro, se repite numerosamente. El beso es "cóncavo espacio"; el hombre, cuando besa, gira; gira la habitación donde el amor fulge; gira el sol, gira la luna. Aleixandre rinde especial culto al sol y a la luna. Al astro rey lo adjetiva siempre entusiásticamente—qué diferencia con Víctor Hugo—. Le dice: "sol intangible", "piadoso", "benévolo", "robusto", "victorioso"... En su último libro, *Historia del Corazón,* de luminosidad más de celosía, el sol será ya "melodioso". En cuanto a la luna, el poeta sólo la ve "redonda": nunca piensa en su cuarto menguante o creciente, nunca más que en su redondez. ¡Instintiva referencia del poeta, que no concibe más luna que la perfecta y totalmente contempladora! La redondez se aplica, sin limitaciones, a las cosas. En un solo verso llegan a rebrillar cuatro redondeces en proyecto:

> Todos desnudos,
> *mares, túneles, vientres y cadenas.*
>
> (*Donde ni una gota de tristeza es pecado,* en "Espadas como Labios".)

Las campanas le traen imágenes cóncavas y giradoras:

> Campanas son. campanas,
> con latidos ocultos de un *giro* que no llega.
>
> (*Son campanas,* en "Espadas como Labios".)

Habla de "palabras redondas", "tu corazón redondo como un naipe", "una nube redonda como lágrima", "si yo fuera un niño redondo, quieto y sumergido", "redondos brazos invasores", "la tierra como sangre que gira". Con frecuencia aparecen en los poemas ondas del mar, y nubes. "Nube feliz" será un título de poema; feliz, es decir, colmada en su

redondeada dicha. El poeta compara a una muchacha con una *concha* de orilla, a una oreja femenina con un *caracol:* imperio de la espiral. El viento, al posarse en el cuerpo amado, "ondula" los cabellos. Una mujer es una "estrella". Las palabras "bóveda" y "bulto" destacan, se repiten. "Como una bola enorme ha llegado el instante", dirá. Inútil acumular los ejemplos.

Mas la idea de lo curvo y de lo esférico va enlazada a lo planetario, a lo estelar. Otra nota griega de Aleixandre: la armonía pitagórica. Así, escribirá:

> Sí. Al fin es la vida. Oh, qué hermosura de *huevo*
> este amplio regalo que nos tiende ese Valle,
> esta limitación sobre la que apoyar la cabeza
> para oír *la mejor música, la de los planetas distantes.*
>
> (*Con todo respeto,* en "Espadas como Labios".)

Es la "cadencia de los mundos remotos". Cuán evidente el carácter cósmico de esta poesía. Pero Aleixandre es un hombre cósmico porque es un ordenador de la naturaleza, no sólo por llevar dentro de sí la elementalidad. Es el hombre cósmico, armónico, que se siente parte integrante del musical universo y procura ordenarlo (esto lo logra, humanamente, en *Historia del Corazón).* En los sonetos a Fray Luis de León y a Góngora indica claramente esa música celeste; ahí palpita un "resonar de estrellas", un "acorde total... perfecto". La poesía de Aleixandre se nutre de tal orientación cósmica y cosmológica. Recordemos que toda la filosofía griega, hasta Sócrates, encauza el problema del hombre precisamente fuera del hombre; se concede la primacía de lo problemático a la naturaleza, que en Pitágoras toma su bella totalidad armónica. No podemos negar—aunque a más de uno le suene a estrambótico—el sentido griego de la poesía de Aleixandre. Incluso en los *poemas-Día* y en los *poemas-Noche,* Aleixandre revitaliza los viejos mitos griegos; existe en Grecia una larga referencia, un gusto particular por los dos aspectos (Día, Noche) del universo, que se cumple o desvirtúa en ellos. Aleixandre comienza su obra poética con *Ámbito,* un libro donde la Noche aparece, domina, huye y reaparece para poner contrapunto a esa claridad que se anuncia y que ya será una diagonal en toda la obra de Aleixandre, línea recta (por una vez) que cruza, equitativa y repartidora, por el fabuloso sistema poético-planetario.

Estos apuntes míos sé que son rápidos y comprimidos por razón de espacio, y que darían lugar a un ensayo rico de desarrolladas observaciones. Y más, creyendo como creo que esta "plenitud de lo redondo" no ha sido desvelada, que yo sepa, por la crítica. No obstante, aunque sean someros apuntes, dan idea del basamento filosófico de la poesía de Aleixandre. Basamento filosófico, pero nunca profesoral y dogmático); Aleixandre es poeta, y el pensar poético difiere esencialmente del pensar filosófico. Pero la savia causal, el planteo del universo en que vive el hombre, forma un enorme árbol soldado por la raíz a pretéritas meditaciones helénicas. Es sorprendente comprobar cómo Aleixandre somete a los cuatro elementos primitivos y generadores—agua, tierra, fuego y aire—al mismo tratamiento mental que ya empleara Empédocles en su *Poema.* Porque el filósofo de Agrigento afirma que el agua, la tierra, el

fuego y el éter, tal como están en el mundo, mezclados a lo deleznable y efímero, "parecen errantes", se sienten forzados, impuros. Exactamente la misma posición que, casi dos mil quinientos años después, adopta—¿intuitivamente?—el poeta español, observador de la primitividad cuádruple del universo en su liberada pureza y virginidad. El universo de Aleixandre no es más puro solamente porque el hombre no surja de un modo activo, sino porque tampoco el tiempo tiene realidad por sí mismo. En el apartado de *Los Inmortales,* en *Sombra del Paraíso,* Aleixandre dedica poemas al agua, al aire, al fuego, a la tierra.

Al agua (del mar, de su mar):

Allá, reverberando
sin tiempo, el mar existe.
¡Un corazón de dios sin muerte, late!

Al aire, que no sabe—ni sabrá—del hombre:

Alto velar de lucidez *sin nadie.*
Acaso la corteza pudo un día,
de la tierra, sentirte, humano. Invicto,
el aire *ignora* que habitó en tu pecho.
Sin memoria, inmortal, el aire esplende.

Al fuego:

Todo el fuego suspende
la pasión. *¡Luz es sola!*
.....
¿Y el hombre? Nunca. *Libre*
todavía de ti,
humano, está ese fuego.
Luz es, luz *inocente.*
¡Humano: nunca nazcas!

A la tierra:

Sólo la gracia muda,
primigenia, del mundo
va en astros, leve, *virgen,*
entre la luz dorada.

Mas volvamos a la visión aleixandrina que recuerda la vieja concepción pitagórica, remozada y aprovechada en modernidad y orden musical absoluto. Visión que es audición—como en Pitágoras—, mas no silenciosa, y que trasvasa los límites científicos astronómicos para reflejar la fuerza y el incendiado amor del universo, que, girador, cumplido de esas redondeces en que todo es astro, produce la bella e infinita música. Aleixandre deposita la trascendencia en el universo sonador; lo divino aparece en forma de norte de la música y del movimiento; lo divino, hecho redondez de "inmensos ojos bienhechores", regala al mundo, en escorzos de luz, su arquetípica plenitud:

¡Ver la luz amanecer por oriente, y entre la aborrascada nube preñada,
contemplar un instante la purísima frente divina destellar
y esos inmensos ojos bienhechores
donde el mundo alzado quiere entero copiarse

y mecerse en un vaivén de mar, de estelar mar entero,
compendiador de estrellas, de luceros, de soles,
mientras suena la música universal, hecha ya frente pura,
radioso amor, luz bella, felicidad sin bordes!

(*No basta,* en "Sombra del Paraíso".)

¿Y el hombre es, sin embargo, el siempre pasivo en la contemplación del universo? Su oficio ¿es escuchar? ¿Siempre constituirá la parte que "se adhiere al homenaje", nunca será el protagonista? Aleixandre, antes de *Historia del Corazón,* da al hombre tan sólo la vigencia de la admiración por la armonía superior y rodadora. No interesa fundamentalmente el hombre, como no interesaba en toda la filosofía griega anterior a Sócrates. Pero en *Historia del Corazón* el poeta hace cantar al hombre. El universo tiene ahora que fortalecerse en la garganta humana, en la participación de millones de cánticos que el poeta recoge y expresa por todos. Se ha incorporado la armonía humana a la estelar. La grandiosidad de la concepción pitagórica se acrece con la esperanza fantástica del grito humano; Aleixandre describe esa esperanza con arranques beethovenianos:

Y es tu voz la que les expresa. Tu voz colectiva y alzada.
Y *un cielo de poderío, completamente existente,*
hace ahora con majestad el eco entero del hombre.

(*El poeta canta por todos.*)

Ya el hombre, pleno dentro de la plenitud universal, gira y gira en curvas felices, en músicas que anuncian al Dios resplandeciente.

MANUEL MANTERO.